

nente, no le tiene para comprometer los que sus amigos han confiado á su delicadeza; y, en fin, que poniendo en circulación el exponente en esta provincia más de ocho millones todos los años, saliendo de sus arcas para el Estado más de 300.000 reales, y dando de comer á tantas familias, merecía alguna consideración de parte del subdelegado, que ni aun le ha concedido el término necesario para arreglar sus intereses, causándole así los mayores perjuicios.

EXPOSICIÓN
AL REY DON FERNANDO VII

EXPOSICIÓN

AL REY DON FERNANDO VII ¹

SEÑOR:

La revolución, que sacudiéndose en la Francia ha arrojado de su suelo al nieto de San Luis, ha perdonado en sus furiosos al nieto de San Fernando; V. M. sustenta sobre su frente la corona que ha heredado de sus mayores, y su mano gobierna todavía el cetro con que rige á una nación famosa por su fidelidad y su heroísmo, y que si se corona de oliva al abrigo de todas las tempestades, sabrá también marchar adonde el dedo de V. M. la guíe, y verter su sangre por la vida de V. M., para reposarse después entre laureles; pero el volcán de las revoluciones arde en medio de la Europa; los Tronos se hunden en su abismo, y ni aun perdona á las naciones; como para dar un ejemplo de su inflexibilidad y su poder, el mismo principio que ha lanzado á Carlos á una nación extranjera, ha sumergido en la tumba á la desgraciada Polonia; y como si la Europa del siglo XIX estuviese condenada á sufrir todos los crímenes y todos los escándalos, sus ojos miran con horror esa lucha de los dos Príncipes de la casa de Braganza, lucha que contradice

¹ Este otro memorial, en el que no figura el nombre del exponente ni la fecha, parece ser una simple variante del anterior, é indudablemente es de la misma mano, porque el estilo es el mismo, y aun algunos fragmentos del documento anterior resultan repetidos en éste. Esta sería una razón para no imprimirlo si por otra parte no persuadiese á insertarlo la belleza del mismo estilo con que adornó Donoso en edad todavía juvenil, los nobles conceptos de este documento antirrevolucionario. —(NOTA DE ESTA EDICIÓN.)

nuestra civilización, y que para hallar su modelo necesita recorrer la historia de los siglos de barbarie; sólo España no ha sufrido esos escándalos y ha rechazado esos crímenes. Pero cuando la revolución se extiende por todas partes, su estudio no puede sernos indiferente; sólo el que conoce los males puede conjurarlos, y sólo el piloto puede librar el bajel del impulso de las olas, porque sólo el que las conoce puede librarse de su furia cuando están embravecidas; el exponente piensa que está obligado á comunicar á V. M. sus observaciones como súbdito, á pedirle como Soberano la represión de medidas ruinosas, á pedirle justicia como á juez y protección como á padre; él se cree obligado á hacer una profesión de su fe política, al mismo tiempo que se cree con derecho de quejarse de la determinación tomada contra él por esta autoridad, estando seguro de probar que esta clase de determinaciones bastarían para poner en peligro la seguridad del paternal Gobierno de S. M. si no estuviera apoyado sobre bases indestructibles y eternas.

Toda revolución es el efecto necesario de un mal que la precede, y que los Gobiernos no han sabido curar ó no han podido precaver; la Tribuna francesa ha resonado largo tiempo y resuena todavía con las incriminaciones de todos los partidos; el templo donde debieran discutirse los grandes intereses de la Francia se ha convertido más de una vez en una arena vergonzosa, donde sólo han resonado los gritos de las pasiones y los ecos de las personalidades; el partido republicano quiere salvar á la nación lanzándola en una carrera sembrada de escollos y combatida de revoluciones, y el partido de la casi legitimidad, no apoyándose ni en el principio de la soberanía del pueblo, ni en el de la soberanía de los Reyes, fluctúa en un eterno vacío y se entrega á la merced de todos los huracanes; no existiendo un principio en la sociedad que pueda contenerla, el espíritu de individualización se ha apoderado de las masas, y cada individuo presenta nuevos elementos de reconstrucción social, que todos se destruyen entre sí, y han sumergido á la

nación en el primitivo caos; este mal profundo, irremediable, tiene de existencia muchos siglos, y las dos revoluciones que han atormentado la Francia no pueden considerarse sino como sus consecuencias necesarias que germinaban en su seno; este mal ha sido producido por la ausencia de un principio conservador y la presencia de tres principios destructores.

La Religión cristiana, que, dando vigor y energía á los pueblos envilecidos y enervados del Imperio de Occidente, y suavizando las costumbres rudas y salvajes de los bárbaros del Norte, estableció un principio de unidad entre los vencidos y los vencedores, presidió á la formación de las sociedades modernas, que bajo sus felices auspicios se lanzaron en la carrera de su perfectibilidad, coronadas de esperanzas. Dos eran las necesidades de las naciones de la Europa en los primeros siglos de su existencia social: el comercio con el Oriente para adquirir su civilización, y el comercio de estas naciones entre sí para establecer su armonía. La Religión cristiana, siempre al nivel de las necesidades sociales, presidió á este movimiento simultáneo, y las cruzadas civilizaron la Europa y establecieron la unidad entre todas las naciones. Pero esta unidad no existía en los Gobiernos: las instituciones feudales, hijas de la barbarie y la victoria, dominaban todavía en la Europa ensangrentada; los Reyes eran débiles, los pueblos eran esclavos, y sobre los pueblos abatidos y los Tronos vacilantes se elevaba una aristocracia monstruosa que, sin hacer la felicidad ni de los Gobiernos ni de los gobernados, se devoraba en medio de su confusión y su anarquía. La Religión, que había abierto á los pueblos de la Europa las puertas del Oriente para que se civilizasen, que destruyó las barreras que separaban á las naciones para que se conociesen, las revistió también de su unidad para que se gobernasen. El imperio de los Reyes francos creció cubierto con la égida de los Pontífices de Roma. Los ungidos del Señor fueron más respetados de los pueblos; y desapareciendo poco á poco el poder de los orgullosos varones, el Gobierno empezó á tomar cierto carácter de unidad de que le

revistió la Iglesia, y á tener una marcha más asegurada y más constante. Así la Religión cristiana, que hace la felicidad del hombre, ha constituido también las sociedades y ha civilizado los pueblos. Pero la civilización ha sido ingrata como el hombre, y desconociendo su origen y trazándose ella misma el cerco que debía recorrer, se ha lanzado en un mar tormentoso en alas de su delirio y ha cubierto de desolación y luto las frentes de los pueblos.

Nace la Filosofía de las sensaciones anunciada por Bacon, explicada por Locke, popularizada por Condillac y desenmascarada por Helvecio, y en aquel instante el mundo moral entró en el caos. Los filósofos quisieron explicar al hombre y constituir la sociedad, y la sociedad y el hombre se han aniquilado entre sus manos; ellos disputaron á la Religión los títulos de su existencia y de su gloria; este *por qué* universal resonó en los oídos de una manera siniestra; el germen de la duda se introdujo en el seno de los pueblos, y con él el germen de las revoluciones. Una sociedad no puede existir sin una base común de creencia, que sea como el vínculo que dé unidad á todos los intereses particulares: si este principio de unidad desaparece, el espíritu de individualización se entroniza y la sociedad perece: faltando el vínculo que los unía, todos los elementos que la componen son heterogéneos y tienden á la disolución. Así, de la lucha del principio religioso, que reúne para conservar, y del principio filosófico, que individualiza para destruir, han nacido todos los males que agitan á la desgraciada Europa: la Reforma fué el primer resultado de esta lucha, resultado que llevaba en su seno la revolución de la Inglaterra: la razón no puede concebir todos los delirios que salieron de las cabezas ardientes de aquellos fanáticos sectarios que se precipitaron en el abismo de las revoluciones para humillar después sus frentes ante un hipócrita feliz. Pero la Religión aún no había desaparecido del todo del corazón de los pueblos: si no era reconocida la autoridad del Pontífice y si se les disputaba la suya á los Obispos, todavía algunos dogmas

religiosos eran respetados en este naufragio universal. Pero esta lucha no podía durar mucho tiempo: el siglo XVIII miró el triunfo de la Filosofía sobre la Religión abandonada: todos conocen la historia de este siglo: la Filosofía meció su cuna, la revolución la condujo á su sepulcro. La Francia ha atravesado por medio de los furiosos de la República, la gloria del Imperio, la serenidad de la Restauración y las convulsiones de Julio; pero ni la República, ni el Imperio, ni la Restauración, ni Luis Felipe, han encontrado el principio que debe serenarla: la tempestad brama en su seno y la disolución acomete á su existencia; tan cierto es que la Filosofía por sí sola nada puede, y que de su divorcio con la Religión han nacido todos los males que pesan sobre la Europa; en el momento de su triunfo, el ateísmo dijo: "yo constituiré las sociedades,"; él no ha producido sino ruinas, y ha elevado su imperio sobre escombros.

Pero el principio filosófico necesitaba de agentes, y el principio de la libertad absoluta de la imprenta periódica se ha presentado á su servicio.

El grande error de la Filosofía consiste en considerar un principio como absoluto, cuando en la Naturaleza todo es relativo; en el plan del universo sólo el objeto final del Criador puede considerarse de una manera absoluta; los agentes que conspiran á producir este fin, obran siempre de una manera respectiva, subordinada al plan del Criador y sujeta á las relaciones establecidas entre ellos: cuando un agente obra fuera del círculo que le está trazado por estas relaciones, él introduce el desorden en la generalidad de los seres y turba la marcha constante de todas las relaciones.

Así, la ilustración general debe ser el resultado de las necesidades progresivas de los pueblos; por eso las instituciones políticas, que son el resultado de esta ilustración, deben responder á las exigencias de las necesidades: cuando la ilustración que se extiende no está en armonía con el estado de la sociedad, las instituciones que ella produce no pueden hacer la

felicidad de los pueblos; de esta manera, una ilustración que no marcha al nivel del estado de las sociedades es siempre el germen más fecundo de todas las revoluciones.

La destrucción del principio religioso en Francia, habiendo destruído la unidad de creencia en la nación, ha destruído las costumbres: la corrupción ha invadido todas las clases del Estado, y un pueblo corrompido no puede tener instituciones; si en este pueblo se discuten las grandes teorías de los poderes; si se analizan todas las formas de gobierno, todas las maneras de existencia política y social, el pueblo que nada respeta porque nada cree, y nada cree porque no tiene religión, estará siempre en lucha con el Gobierno que le rige; si la imprenta periódica es la arena donde se combaten todos los principios, el pueblo es el juez que debe decidir sin apelación de la victoria; es decir, que un pueblo que sólo se gobierna por pasiones es llamado á decidir como soberano lo que sólo debiera decidir el tribunal de la conciencia y la razón; cuando el mundo moral ha perdido en este grado su nivel; cuando se han quebrantado de esta manera todas las relaciones de las cosas; cuando se ha organizado de esta manera el desorden en el seno de la sociedad, el Gobierno es una ilusión, la obediencia es un engaño y la sociedad es un abismo. Tal es el estado de la Francia: la discusión aniquiló la Religión; la discusión ha aniquilado los Gobiernos. La multitud de principios y de sistemas que se combaten en la imprenta periódica, no teniendo tiempo de fijarse hondamente en la imaginación del pueblo, se volatilizan, por decirlo así, dejando sólo como resultado de esta lucha la idea anárquica de que todo puede discutirse, de que todos los principios pueden ser falsos si los analiza la razón, y de que nada debe respetarse sin haber sufrido el examen de las masas. Los pueblos, como el hombre, necesitan creer en una verdad ó en un principio primitivo y anterior á la razón, que en vez de sujetarse á su examen debe servirles de punto de apoyo para las demás investigaciones; es decir, que la fe debe servir de base á la razón si la razón nos ha de conducir al conocimiento

de la verdad. Si este principio primitivo en vez de respetarse se analiza; si este análisis se confía á la razón individual de todos, la verdad huye del hombre y de los pueblos, y la duda, el sepulcro de la razón y de la fe, nos espera como el término de nuestros esfuerzos, y el mundo moral duerme en un letargo profundo.

Tales son, Señor, las causas que han conducido á la Francia, por una larga serie de convulsiones, al drama espantoso que se ejecuta en su suelo. Tales son las causas que arrastran á la Europa con una mano de bronce á la gran catástrofe, que si se verificara resonaría siempre en los oídos de la posteridad como un sonido lúgubre anunciador de la muerte de los pueblos.

Pero hay en la Europa una nación fiera, independiente, que si ha sabido sacudir el yugo marmóreo del que fué espanto de las naciones, ha sabido también sacudir el yugo, aun más pesado todavía, de las ideas antisociales que naciones más degradadas han querido colocar sobre su frente. En España, Señor, el principio religioso se respeta todavía como le respetaron nuestros padres; el Trono aquí tiene hondas raíces, y aún puede resistir el huracán de las revoluciones; las costumbres se conservan puras, porque es pura la Religión que profesamos, y un pueblo religioso no puede ser un pueblo corrompido. Vuestra Majestad dispensa á sus vasallos la ilustración que corresponde á sus necesidades, y la libertad absoluta de la imprenta no derrama sobre esta nación venturosa su ponzoña pestilente; la Filosofía no se ha divorciado aquí de la Religión que la produjo; su antorcha nos conduce por el camino de la vida, y la esperanza, nacida en su seno, nos acompañará al sepulcro. Señor, tal es el cuadro que presenta la nación que V. M. rige con su cetro soberano: España vive llena de esplendor y juventud cuando las otras naciones se disuelven y perecen ¹.

La ausencia de los principios destructores y la presencia

¹ Este bellissimo cuadro de la noble patria española, penetrada del espíritu religioso, cuya influencia salvadora tan vivamente resalta en él, es un testimonio elocuente de la viva fe y de la cristiana sabiduría de que por su parte estaba animado Donoso Cortés en la época en que hubo de formarle con tales líneas y colores. —(NOTA DE ESTA EDICIÓN.)

del principio religioso, hacen imposible en España una revolución. Pero si estas causas destructoras germinaran en ella todavía, la revolución sería imposible, porque no puede encontrar apoyo en ninguno de los propietarios.

Si todos los propietarios de España, Señor, no pueden elevarse á las consideraciones que son necesarias para mirar las revoluciones como monstruos, todos á lo menos están dotados del instinto de su conservación; y si no pueden analizar los principios, pueden conocer los resultados.

Los propietarios de España saben que la revolución que agita actualmente la Europa es menos una revolución política que una revolución social, en que se abisman todas las existencias, todos los intereses y todas las propiedades¹; ellos saben que toda revolución señala por sus víctimas á los que descuelan, porque su objeto es la nivelación para triunfar sobre ruinas; ellos saben que toda revolución promovida por las masas va siempre acompañada de una irrupción en sus propiedades, porque las masas no hacen las revoluciones por principios, sino por intereses; ellos han visto que las páginas de todas las revoluciones están escritas con sangre, y ellos pueden todavía consultar los sepulcros de la revolución francesa, y no encontrarán sino los cadáveres de los que tuvieron.

¿Por qué extravió inconcebible de razón, por qué fatalidad horrorosa, un velo lúgubre se extiende sobre esta nación y sobre estos propietarios? No es sólo el exponente, Señor, el que se ha separado del seno de su familia para derramar lágrimas de dolor lejos de los que hacían más dulce su existencia; no es el solo sobre cuya frente pesa una sospecha de ignominia, que excita su indignación y que excitaría su desprecio si una autoridad no la hubiera sancionado; pero esta autoridad no es inviolable, y el exponente eleva á los pies de V. M. sus súplicas para la represión de estas medidas, que seguramente son inútiles y que pudieran ser funestas.

¹ Permítanme los lectores llamar su atención sobre este rasgo del maravilloso talento y perspicacia que ya en los años de su juventud se revelaban en el futuro Marqués de Valdegamas —(NOTA DE ESTA EDICIÓN.)

La persecución y el espionaje son las más veces el efecto de la debilidad, y V. M. es fuerte. La autoridad que ha creído que salvaba el Trono de V. M. desterrando á los propietarios, puede con su determinación hacer creer á la Europa que el Trono de V. M. no está seguro, y que sólo se apoya en los que nada tienen y sólo se conserva por la proscripción y el espanto. No: mil veces no; V. M. es fuerte porque manda en todos los corazones; V. M. es fuerte porque representa todos los intereses que existen en la sociedad, y porque todos se abismarían si V. M. peligrara. La sangre española hierve en las venas del que expone, y siente herido su orgullo cuando medidas ruinosas pueden presentar á los ojos de las demás naciones el Trono de V. M. rodeado de escollos y cercado de peligros; ellas mirarían la serenidad como el síntoma de la fuerza; ellas pueden mirar al Estado que toma estas medidas como un Estado que perece, y que al expirar se agita en convulsiones.

Señor: el que representa ha creído que estas consideraciones eran importantes; él ha creído que debía someterlas á la sabiduría de V. M., que no despreciará, en su natural benignidad, ni las quejas ni los gemidos de sus vasallos que padecen; al tomar la pluma, el exponente ha pensado más en los intereses del Estado que en los males que le oprimen; él piensa que V. M. puede no ser considerado como fuerte por las demás naciones, y este pensamiento le horroriza; él piensa que si el Trono de V. M. está seguro, no es por estas medidas, sino á pesar de ellas, y que si las autoridades encargadas de conservar el poder de V. M. al abrigo de las oscilaciones siguen este sistema en las provincias que V. M. se ha dignado confiar á su cuidado, ellas arrojan en el seno de la nación un germen de descontento que, aumentándose progresivamente, pudiera nublar en otros siglos el horizonte español, ahora, por fortuna, tan sereno. El exponente sabe que V. M. no sólo hace con su paternal solicitud la felicidad de la generación que el Todopoderoso ha confiado á sus manos soberanas, sino que con su soberana previsión se desvela por legar la felicidad á las más

remotas generaciones. El exponente, Señor, víctima de las medidas cuyos efectos ha pintado, no puede menos de acudir con sus súplicas á V. M., que tanto se complace en enjugar las lágrimas de sus vasallos; él se complace en pensar que su interés como individuo está unido al interés del Gobierno; en esta atención:

A V. R. M. suplica humildemente se digne mandar que sea permitido al que expone volver al seno de su familia, y descargar su frente de una sospecha que le agobia.—Cáceres, et-
cétera.—Señor.—A L. R. P. de V. M.

LA VENIDA DE CRISTINA

SILVA LÍRICA CON MOTIVO DE LAS FELICES BODAS DEL REY NUESTRO SEÑOR